

## MEDITACIÓN

### Espera y reconciliación

Lucas 15,11-32

*“We shall not cease from exploration  
And the end of all our exploring  
Will be to arrive where we started  
And know the place for the first time”.*  
T. S. Eliot

Un hombre tenía dos hijos. Dio a cada uno de ellos la parte de su herencia. Del mayor de ellos no se nos dice ni que la haya invertido ni que la haya gastado, quizá tuvo miedo y se conformó con envolverla en un pañuelo y esconderla en la tierra. El menor, al igual que Abraham, marchó a un país lejano. Nuestro padre en la fe lo hizo siguiendo la voluntad de Dios... manaba leche miel. Este hijo joven lo hizo siguiendo su propio albedrío... y hubo hambre y miseria. Para aquél la Tierra Prometida, para éste un vulgar chiquero. Abraham avanza para acercarse, el joven se aleja avanzando. Corrió para hacerse dios, aprendió que nadie que corre llega: para llegar hay que cargar la cruz y su peso aminora los pasos.

Tan pronto como malgastó todo lo que tenía, o creía tener, se quedó con su propia nada: más allá de la ilusoria seguridad de sus bienes y del vaivén de los placeres le esperaba la miseria, las privaciones... la verdad.

Ante el aguijón del dolor despertó, al abrir los ojos se percató que ese espejismo lejano sobre el que proyectaba su sueño de omnipotencia, era tan solo la maloliente pocilga sobre la que resbalaban sus pies... así también aprendió que el dolor no es misterio sino revelación. De tantos deseos que había traído con él sólo le quedaba uno: envidiar la suerte de los jornaleros de su padre y hasta la de esos puercos a quienes el Padre alimentaba pues no habían renegado de su propia naturaleza, mientras que él, habiendo sido creado a imagen de Dios, vivía a imagen de los cerdos que le rodeaban. Unas pocas algarrobas y se habría sentido consolado, reconciliado con el fango, familiarizado con la pira que cuidaba: “pero nadie se las daba”. Así le ayudó Dios: deteniendo la mano de quien hubiera alimentado su mediocridad. Unas pocas algarrobas, o el pan de los jornaleros de su padre, y se hubiese creído socorrido por Dios. Le hubiese bastado un dios a imagen y semejanza de su miopía. Le hubiese bastado sentir su estómago satisfecho para entregarse a la gris y cotidiana renuncia a la grandeza para la cual había sido creado. Dios le negó lo poco para darle lo mucho... La verdadera gracia es la gracia que mata, no la que nos consuela; por eso raramente la pedimos, raramente la buscamos.

No se nos dice que haya sentido envidia de su hermano. No parece tenerlo en cuenta. Tampoco el mayor se referirá a él como “hermano”, sino: “Ese hijo tuyo”. Es posible que nunca llegaran a conocerse como tales ya que nunca vivieron como hijos del padre.

No quedándole nada fuera entró en sí mismo, reflexionó. No pudiendo ir más bajo pensó en ir hacia arriba: hacia la casa paterna. No le quedaba nada y por eso no tenía nada que perder. Tomó su nada y la llevó a aquel que lo es todo, a aquel que de la nada crea.

Cuando no pudo engañarse más reconoció que moría de hambre, reflexionó, entró dentro de sí y encontró al padre corriendo a su encuentro, recorriendo él mismo parte del camino de la reconciliación. El padre lo abrazó, lo besó... transformó con su presencia el chiquero del

corazón de su hijo en un hogar, en una morada de paz... y hubo alegría en el cielo.

No se oyó ni una palabra de reproche ni una palabra de perdón. Ni siquiera una sola pregunta. En vez de hablar obró: se dio dando lo mejor que tenía, dando su propio corazón... su comunión.

Cuando se marchó no había corrido para retenerlo, tampoco escatimó en darle lo que el hijo llamaba "suyo". Ahora sí corrió para recibirlo, para permanecer junto a él. Entre ambos momentos, la partida y el regreso, había pasado el tiempo con sus ojos perdiéndose hacia el camino, con una mirada que prolongaba su esperanza.

A nosotros nos resultaría fácil imaginarnos la escena de otra forma: el padre le habría dicho: "Hijo, ya te di lo tuyo ¿y ahora qué? Te aseguro que al que tiene se le dará; pero al que no tenga, aún lo que no tiene se le quitará". Podría haber agregado: "El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho, y el que es deshonesto en lo poco, también lo es en lo mucho", o "Si ustedes no son fieles con el dinero de la maldad, ¿quién les confiará los verdaderos bienes?".

Este hijo suyo era el mismo que había dejado casa, hermano y padre, pero no por causa del Reino de Dios sino por causa del reinado que su ego quería establecer, y no obstante, ahora, como si lo hubiese hecho por el Reino de Dios, recibía mucho más en este mundo y parecería que también en el futuro la vida eterna.

Pero los pensamientos del padre no son nuestros Pensamientos ni sus caminos son nuestros caminos. El padre no dijo nada de todo esto, en cambio dijo a sus criados: "Pronto, traed la túnica más rica y vestido". El *Apocalipsis* nos dice que el vencedor recibirá nuevas vestiduras: el padre da al hijo la acogida de un vencedor.

Su triunfo, el triunfo que el padre ve en el hijo, no estriba en haber vencido sino en haber aceptado su aparente derrota: su nada. En lugar de dejarse carcomer por ella la lleva y la ofrece al padre. El corazón del padre es tan inmenso que llena esta nada. Como la viuda de otra parábola, también el hijo ofrece "todo lo que tenía". Otros guardan para sí sus triunfos y en ello está su derrota.

Se conoció pero no desesperó. Porque llegó a vaciarse intuyó que podía ser llenado. Supo que pecó "contra el padre" -su origen- y "contra el cielo" -su destino-. Volvió tal como era en sí y llegó a ser tal como debía ser. Cuando dejó de buscar comenzó a recibir. Cuando dejó de buscarse comenzó a ser.

El padre contestó con amor al que confió en él. No se trataba de triunfar sino de confiar.

Esto podría sonar a un artificio verbal pero no lo es, simplemente parecería que el padre siempre se las ingenia para poder perdonar... no vino a abolir la Ley sino a llevarla a su plenitud.

Le puso un anillo y lo calzó con sandalias de hijo: el esclavo no pertenece a la casa, el hijo, en cambio, es de la casa. Ambos entraron a esa morada cuyo cerco de cristal linda con la nada humana. El que otrora ambicionara las algarrobas de los cerdos, el que regresó tras el alimento perecedero se sentó al banquete y comió el pan que permanece para la vida eterna.

La fiesta comenzó, pero el padre no pudo disfrutarla por mucho tiempo; en verdad, desde que entraron no había cesado de mirar hacia la ventana... no había dejado de seguir esperando.

Sabía muy bien que tenía otro hijo pródigo, otro hijo que siendo ciego decía: "Veo". Salió, no para condenarle sino para salvarle: esta vez no miró hacia el camino sino en rededor. Este hijo no se había marchado a una tierra lejana, tampoco estaba tan cerca como creía estar. Se había quedado junto al padre como Judas se quedó junto al Hijo: endureciéndose.

Había permanecido en el campo del padre: con los pies allí y los ojos sobre sí mismo. Imaginamos que se sentía contento de ser así: “Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres ni como ese hermano mío”. Se había establecido sobre su propia justificación: era obediente, cumplía las reglas del trabajo. No sintió nunca la tentación de alejarse ni conoció la necesidad que tenía de retornar. Nunca había estado entre cerdos ni había disfrutado jamás de un ternero engordado. Ni suficiente hambre para desear algarrobas ni suficiente alegría para matar el ternero cebado... no era ni frío ni caliente.

El padre no juzgó a ninguno de los dos: el menor se juzgó a sí mismo y fue perdonado. El mayor juzgó a su hermano y la sombra del metro con que le medía le estaba midiendo a él. El tiempo se encargó de ensanchar el abismo entre la justicia -”su” justicia- y la misericordia del padre. Sin haberse ido, el tiempo lo fue alejando. El no caminaba, la vida sí. Sólo quedaba su presencia como testimonio de su ausencia.

El más joven ruega al padre, el padre ruega al mayor. El padre escucha al primero y calla; el mayor no escucha: aunque oye, habla... de tanto escucharse había quedado sordo. El padre perdona, el hijo condena. El mayor reclama justicia: ese límite socialmente aceptable de la venganza... sus palabras “justas” dejan oír su rencor corrosivo al ser dichas sobre el trasfondo de la música y los coros que acompañan la danza de la misericordia divina... “Le tocamos la flauta y ustedes no bailaron”. El primer hombre fue tentado por el mal; ahora, frente al bien, es tentado y queda manifiesto el mal.

El padre ruega, una vez más se inclina, después calla. Ruega el único de los tres que tiene derecho a ordenar, se inclina quien podría erguirse, calla quien debería exigir. Desde que el pecado se deslizó en el mundo el pudor reclamó una hoja de higuera para cubrir la desnudez; desde que el pecado cohabita con nosotros la verdad a veces pide una hoja de caridad que cubra su desnudez... el padre calla. Podría muy justamente haber dicho: “¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?”. Pero no lo dice... calla. Así es el padre: por amor habla, por amor calla. También la Escritura se hace aquí eco de su misericordioso silencio. Quizá nos deje a nosotros el juicio. Quizá nos invite a ser portavoces del mayor de los hijos pródigos. No conocemos su destino, el último día conoceremos el desenlace, el suyo y también el nuestro. Cuando el hijo primogénito hable estará pronunciando sentencia sobre sí, según perdone o condene a su propio hermano, a ese hermano que estaba perdido y ha sido hallado, ese hermano que reza ahora desde la morada del padre por los que como él estaban muertos y han de ser devueltos a la vida, por todos los que como nosotros estamos llamados a perdonar para ser perdonados.

El padre calla, la Escritura calla. Hay un tiempo de hablar y un tiempo de callar, todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo. Sólo el tiempo de perdonar no alterna con su opuesto: siempre es tiempo para perdonar, el que nos pide que perdonemos es el Señor del tiempo... “es eterna su misericordia”.

El padre calla en el mismo silencio que calla la Escritura... en lo que no nos dice, en lo que no juzga, en eso precisamente radica lo que nos enseña.

¡El que tenga oídos para oír que oiga lo que calla la misericordia de Dios!

*Azul – Pcia. de Buenos Aires  
Argentina*